

**Esclavos
y cíclopes
en la *Odisea***

Gabriela Andrade

Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación
Chile

Este encuentro Internacional de Estudios Clásicos definido dentro del marco de *Paideia y Humanitas y sus proyecciones*, permite la reflexión sobre el requisito de existencia de toda educación, a través de la consideración de dos categorías de personajes de cierta relevancia en la *Odisea* de Homero, “el educador de la Hélade”, cuya fuerza iluminadora no pierde vigencia. Me refiero a dos figuras que se relacionan estrechamente con el héroe Odiseo, cada uno a su manera peculiar y que en diverso grado afectan el desarrollo de su destino: el Cíclope Polifemo y el esclavo Eumeo.

Nuestro interés, por lo tanto, aun cuando no se centra en el hombre libre de los cantos homéricos, el héroe, nos exige recordar algunos de sus rasgos fundamentales precisamente para perfilar a aquellos personajes menores, antitético el uno y pálida sombra el otro, en relación con la figura central de Odiseo, del cual derivan su sentido.

Ya el anciano Fénix, ayo de Aquiles, define en un verso de la *Ilíada* el fin para el cual Aquiles, el héroe por antonomasia, ha nacido, “Para pronunciar palabras y para realizar acciones”, (Il. IX, 443). Analicemos brevemente qué significan estos términos. No vamos a insistir aquí en la *areté* constitutiva del héroe, noción ya vastamente conocida que llegó a traspasar enteramente la concepción griega del hombre durante casi nueve siglos. Pues no es la *areté* lo que está en juego al establecer el contraste entre Odiseo y el Cíclope, y entre el señor y el esclavo, sino el concepto mismo de lo que significa ser hombre entre los hombres; y el requisito básico, la condición de existencia a partir de la cual los hombres pueden constituirse como tales hasta su coronación en la *areté*, es precisamente la *libertad*, la condición de hombre libre.

Revisemos las ideas y valores que, a partir de esta primera plasmación estética en la épica y más tarde en otros géneros poéticos y en la reflexión filosófica, hallaron su culminación en Platón y más precisamente en Aristóteles.

La condición decisiva para ser libre, según lo define Aristóteles en los primeros capítulos de la *Política*, es “no estar sometido a la necesidad”, entendiendo por ésta aquella que demanda la vida para mantenerse y reproducirse, y aquella derivada de la coacción de los demás. El objeto de este liberarse de la necesidad es crear las condiciones para la ACCIÓN y el DISCURSO, únicas actividades propias del hombre libre, cuyo escenario natural llegaría a ser la *polis*.

Para caracterizar la acción y el discurso que la hace posible, es necesario contrastarlo con las otras dos actividades propias de los miembros de la especie humana. Me refiero a la LABOR y el TRABAJO, para ello utilizaré las precisiones presentadas por Hannah Arendt en su obra ya clásica, *La Condición Humana*.

La vida activa —por contraposición a la vida contemplativa que por ahora dejamos de lado— se da en las tres condiciones básicas que supone la existencia del hombre sobre la tierra:

—La primera es la LABOR, cuya condición es el simple hecho de que existe la vida, se basa en el proceso biológico del cuerpo humano con sus necesidades de mantención y reproducción, y abarca el conjunto de operaciones ligadas estrictamente a la supervivencia y continuación del mismo ciclo vital, comunes, por tanto, al hombre y al animal.

—La segunda es el TRABAJO y se origina en el hecho de que la existencia del hombre no está enteramente sumergida en el ciclo inabordable de la vida de la especie. Mediante el trabajo, el hombre crea un *mundo* de objetos claramente diferenciados de las cosas naturales producidas por la *physis*. Este mundo proporciona un ámbito “artificial” de objetos con condiciones diferentes a las circunstancias naturales los que, a su vez, condicionan la vida del hombre. Este mundo de objetos muy a menudo trasciende y sobrevive a las vidas humanas que en él se desarrollan. Así, pues, la condición para la existencia del trabajo es la mundanidad, la existencia de un mundo creado por el hombre.

—La última actividad de la vida activa es la que propiamente recibe el nombre de ACCIÓN y es la única que se produce entre los hombres sin la mediación de la materia o de las cosas, y su condición deriva del hecho de que existe una pluralidad de hombres, es decir, la presencia de muchos que viven en la tierra y habitan en el mundo. La pluralidad humana, condición básica de la acción y del discurso, se caracteriza al mismo tiempo por la igualdad y la diversidad, pues sin la igualdad los hombres no podrían comprenderse ni tener nada en común. Y si no fueran distintos, ellos no necesitarían el discurso y la acción para entenderse, pues les bastaría con signos y sonidos para comunicar necesidades siempre idénticas. Pero los hombres son diferentes y tienen algo más que comunicar que hechos comunes como la sed y el hambre, el afecto, la hostilidad o el temor. El discurso y la acción, entonces, revelan ese carácter distintivo y también aquella igualdad básica. “Con

todo nacimiento”, afirma la autora, “algo singularmente único entra en el mundo. Por el nacer, que es el comienzo de la acción, todos los hombres comparten el ser hombres; por el discurso, los hombres se distinguen, viven como un ser distinto y único entre iguales”.

La existencia de la esclavitud se convierte, por lo tanto, en un requisito para la existencia de los hombres que existen para la acción y el discurso. La esclavitud, por consiguiente, es el intento de excluir precisamente la labor de la existencia del hombre libre, puesto que ella es la actividad que está sujeta más estrechamente a las necesidades de la vida física y, por ende, la menos libre por cuanto comparte la inexorabilidad de la vida animal. Constituye el punto más bajo de la esfera humana.

Aristóteles, que no llegó a negar la capacidad del esclavo para convertirse en ser humano, objetó incluso el uso de la palabra “hombre” para designar a los miembros de la especie mientras estuvieran sujetos totalmente a la necesidad. La plena libertad civil estaba constituida por el estado social, la inviolabilidad personal, la libertad de actividad económica y el derecho de movimiento no restringido. El esclavo carecía de estas cuatro cualidades, por lo cual no era libre en absoluto. Es decir, por carecer de la libertad de deliberar y decidir, y de prever y elegir, no sólo no era miembro de la *polis*, sino más aún, no alcanzaba a ser humano.

Quizás lo más duro de la condición del esclavo era que no dejaba nada tras de sí, porque el resultado de su esfuerzo se consumía casi tan rápido como el esfuerzo de producirlo. De aquí que los griegos llegaran a considerar servil por naturaleza el laborar, porque el *animal laborans*, que con su cuerpo y la ayuda de animales domesticados se dedicaba a alimentar la vida, sin duda podía llegar incluso a ser dueño de criaturas vivientes pero, sin embargo, seguía siendo esclavo de la naturaleza y de la madre tierra y, por lo tanto, “enteramente sujeto a la necesidad”.

Observemos que este desprecio de los griegos hacia la labor, que tuvo su origen en una búsqueda apasionada de libertad para llegar a superar las necesidades, se vio fortalecido por el rechazo a todo esfuerzo que no dejara huellas, ni gran obra o acción alguna digna de ser recordada por los hombres.

Al respecto, es muy interesante la figura un tanto enigmática de Laertes, el padre de Odiseo. He aquí a un noble de espíritu justo, a quien los dolores de la existencia han quebrado de tal modo que ha elegido el cuidado de su huerto, en el cual es un experto, en lugar de la dirección de su casa familiar. El huerto de Laertes y la rutina creadora de su cuidado, verdadera sabiduría artesanal, parecen proporcionarle una medida de paz que le permite sobrellevar su dolor manteniendo entera la capacidad de entusiasmo que habría de renacer con la llegada del hijo. Se discierne, así, en la *Odisea* una valoración positiva de la cualidad estabilizado-

ra y generadora de equilibrio muy propia del trabajo manual realizado libremente.

Volvamos ahora al hombre de acción que Homero nos presenta en esta obra. Desde luego es necesario tener presentes las diferencias obvias entre un texto que trata sobre el status político de los habitantes de la *polis*, como es el tratado de Aristóteles, y este texto poético que recrea a un héroe tradicional. En la realidad humana que nos presenta el mundo de Odiseo las condiciones de vida de los habitantes de la *pre-polis*, como podemos calificar al reino de Itaca, aparecen notablemente mezcladas en sus características, y por consiguiente dotadas de una gran riqueza de matices.

El héroe de la *Odisea* es un hombre cuya elección característica es claramente sobrevivir a todos los obstáculos del destino para llegar a vivir como hombre libre asumiendo su condición de señor de su tierra, primero entre sus pares y padre de “gloriosos hijos”. A esta elección se supeditan todos sus actos, que incluyen no sólo las palabras y acciones del noble, sino también y en alto grado, labores y trabajos.

Al rechazar la proposición de Calipso de convertirse en inmortal y llevar una vida de belleza y placer retirada del mundo, no turbada por el acontecer humano, Odiseo elige ante todo ser un hombre entre los hombres, nada más ni nada menos. Libremente elige lanzarse al “mar azul-violeta como el vino”, aunque allí “un dios pueda quebrarlo”, y con esto por propia decisión se somete al yugo de la máxima necesidad: sobrevivir, por una parte, hasta llegar a Itaca, y una vez allí, hacer frente al mal desconocido que acecha en su palacio y que por primera vez escucha profetizado en las palabras de la ninfa.

Esta decisión lo pone en la situación de tener que utilizar todos los recursos de que dispone el ser humano, la capacidad de labor de su cuerpo, al talar árboles, construir una balsa y navegar, zambullirse desnudo y absolutamente solo en el amplio mar, nadar hasta el límite de sus fuerzas y alcanzar las playas de Itaca. Deberá también recurrir a su inteligencia y sutileza y hacer uso de su capacidad de discurso para atraerse el favor de los príncipes Feacios. Más adelante, ya en su patria, deberá asumir una condición aún más baja que la de un esclavo, la de un anciano indigente, obligado a mendigar su subsistencia, incluso, ante sus enemigos, urgido a dominar totalmente sus emociones más legítimas para no traicionar su plan de acción. Este hombre, el más libre, no vacila en hacer frente a monstruos y peligros que escapan en mayor o menor grado a los límites humanos, ni retroceder ante el descenso, primero al Hades y luego a lo más bajo de la escala social, para recuperar la tierra y el reino en el que tiene sus raíces, el lugar que le corresponde en el mundo de los hombres, el dominio indiscutido de su hogar y su posterior purificación, para llegar a ser lo que eligió ser.

En esta última etapa, quitándose los andrajos que lo cubren, recupera

primero su apariencia física y luego su *areté* guerrera, cuando en un esfuerzo supremo deberá vencer al grupo enorme de los pretendientes, combatiendo ahora no sólo con la astucia sino con las armas que lo hicieron salir victorioso en Troya. Es cierto que Odiseo confía en la ayuda divina, en Atenea especialmente, pero es que el hombre homérico conoce muy bien que "la necesidad está en las manos de Zeus", y puede alcanzar al que se siente demasiado seguro de su propia plenitud.

Volvamos la mirada ahora a la condición del *homo faber*, el artesano creador de objetos que hacen posible la "vida buena" del hombre de acción. El trabajo del artesano alcanza una medida de permanencia y durabilidad que aleja y, a veces, hasta hace olvidar el carácter efímero de la vida mortal. El trabajo de las manos del *homo faber*, a diferencia de la labor del cuerpo del *animal laborans*, fabrica objetos que se destinan no tanto al consumo como al uso y poseen, por tanto, un carácter relativamente durable. El uso adecuado no los hace desaparecer y en conjunto forman un marco que da confianza y albergue apropiado a la creatura mortal y frágil que es el hombre. Evidentemente la durabilidad tiene sus límites, y a veces muy visibles, pero los objetos se reemplazan constantemente con el paso de las generaciones, de modo que el mundo no llega normalmente a vaciarse, por el contrario parece tender siempre a acrecentarse. La relación del individuo, que se sabe efímero, con los objetos durables contribuye a su identidad. La *Odisea* nos proporciona excelentes ejemplos: Odiseo, todavía en calidad de mendigo, pregunta a Penélope por el lecho fabricado por él mismo con el trabajo de sus manos, y Penélope, por su parte, buscando certezas pregunta al anciano mendigo cómo iba vestido Odiseo en aquel lejano viaje, pues ella misma había tejido aquellas vestiduras.

Por el producto del trabajo, los hombres ya no están desnudos frente a la majestuosa indiferencia de la naturaleza intocada, puesto que, en cuanto constructores de objetos, ellos se han fabricado un entorno humanizado para protegerse. Los hombres, únicos seres que tienen conciencia de su mortalidad, procuran a través de sus artificios, bellos y muchas veces útiles, de sus templos, estatuas, palacios, escudos, tejidos, canciones, teatros, etc., encontrar un lugar más permanente en un cosmos donde todo es sustituible o bien durable, excepto ellos mismos.

Antes del pleno desarrollo de la *polis*, se distinguía entre los esclavos y los artesanos. Los primeros eran habitualmente enemigos vencidos que eran llevados a las propiedades del vencedor con el resto del botín, donde vivían formando parte de la casa familiar, atendiendo a las necesidades de la vida de sus miembros. Los segundos, los artesanos llamados también *demiurgos*, —aquellos que "trabajan para el pueblo", como los llama Homero en la *Odisea*—, se movían libremente fuera de la esfera privada de la casa señorial y dentro de la esfera pública de la ciudad, puesto que eran dueños de sí mismos y de su trabajo.

Abarcaban todas las actividades que se ejercían fuera de la casa señorial en favor del público o *demos*: artesanos eran los carpinteros, constructores, herreros y escultores, pero también los adivinos, los heraldos y los aedos o rapsodas.

La preocupación por la obra bien ejecutada, por el trabajo realizado con perfección, desde la labor más mínima como el cuidado del ganado y del huerto o el servicio de la casa, hasta los más finos trabajos como la obra del artífice en metales, el tejido del telar y el canto del rapsoda que conoce su arte, es un rasgo particularmente acentuado en la *Odisea*. Y es que la obra acabada y perfecta, el producto que vale la pena porque es hermoso y duradero, dejan alguna huella en la vida y la memoria de los hombres y aseguran también la fama al nombre de su hacedor. Sin embargo, Aristóteles al hablar sobre los artesanos (*banausos*), dice que viven en una condición de esclavitud limitada, porque cuando hacen un contrato de trabajo en el mercado de la *polis* disponen, aunque voluntariamente y por un tiempo estipulado, sólo de dos de los cuatro elementos del estado social libre: la libertad de actividad económica y el derecho al movimiento no restringido. En todo caso, el artesano al ser dueño de sus actos, podía destruir lo hecho y volverlo a hacer. No puede decirse lo mismo del *animal laborans*, sujeto a su necesidad de subsistir, ni tampoco del hombre de acción que no sólo depende de sus semejantes para realizarla, sino que una vez acabada ya no puede revocarla. Para él, lo hecho hecho está y para siempre.

Tres eran los modos de vida que podía elegir el hombre enteramente libre, es decir, al margen de las necesidades de la vida y de las relaciones que ésta origina. Estas tres formas de vida tienen en común su interés por lo "bello", es decir, por las cosas no necesarias ni meramente útiles. La primera es la vida del que disfruta de los placeres corporales en la que se consume lo hermoso. Algo semejante a la que Calipso ofrecía a Odiseo. La segunda es la vida dedicada a los asuntos de la *polis*, en la cual la excelencia produce las bellas hazañas. Son todas las acciones en las que el hombre se mide con sus iguales y persigue la excelencia. Esta es indudablemente la vida que Odiseo ha elegido desde siempre, y así lo expresa:

"Siempre que junto a los mejores guerreros me iba de emboscada planeando la ruina para el enemigo, mi altivo corazón no llevaba ante sí ninguna imagen de la muerte, al contrario solía saltar el primero y con mi lanza abatía a ese enemigo cuya ligereza de pies era inferior a la mía. Así era yo en la batalla, mas el trabajo nunca me fue grato, ni el cuidado de mi casa, aun cuando eso es lo que cría gloriosos hijos. Mas las naves impulsadas por los remos, eso siempre amaba y las guerras y el arrojar de lanzas de

pulidas barbas y las oscuras flechas que para otros son terribles, y sin embargo aquéllo me era grato, lo cual seguramente algún dios puso allí en mi corazón, pues hombres diferentes hallan alegría en acciones diferentes". (Od. XIV, 216-226).

Por último, la tercera forma de vida es la del filósofo dedicado a buscar y contemplar el Ser en el Bien, la Verdad y la Belleza. Pero esta búsqueda se constituyó en ideal explícito sólo en siglos posteriores a los cantos homéricos.

Volvamos a la *Odisea* y consideremos la condición Cicolópea en contraste con el modo de vida en el que se inscribe Odiseo, y posteriormente revisemos la condición del esclavo Eumeo.

En el Canto IX comienza el largo episodio de Polifemo que abarca el canto completo y es el más extenso de los relatos de Odiseo a los reyes Feacios. Los Cíclopes aparecen caracterizados como una raza que vive a la manera de los pueblos pastores y recolectores, sin conocer los cultivos de la tierra ni, por ende, el pan. Sus moradas son cavernas cuyo suelo está cubierto del excremento de sus rebaños, con los cuales comparten el refugio; para su labor han fabricado corrales y utensilios mínimos, vasijas para la ordeña, canastos para los quesos, eso es todo. Son, por tanto, gente que no modifica su entorno mediante la creación de un mundo, un cosmo ordenado. Más aún, ni siquiera viven agrupados, porque incluso los grupos más pequeños necesitan acuerdos mínimos para convivir en paz, y para lograr una ordenación mínima se requiere cierto grado de consenso, lo que exige el uso del discurso y un lugar común de reunión, la asamblea. El Cíclope vive, en el mejor de los casos, en su cueva con su esposa e hijos, cual jefe de manada a la que dirige dándole sus propias leyes "sin cuidarse para nada de los demás". "El hombre", dice Aristóteles, "es un ser naturalmente sociable, y el que vive fuera de la sociedad por organización y no por efecto del azar, es ciertamente o un ser degradado, o un ser superior a la especie humana; y a él pueden aplicarse aquellas palabras de Homero, 'sin familia, sin leyes, sin hogar' (...) Un hombre así sólo respiraría guerra como sucede a las aves de rapiña".

Curiosamente los Cíclopes se fían de los dioses para su sustento, pero no se preocupan de ellos en absoluto, lo cual es una forma de decir que viven de la naturaleza, pero sin admirarse ni plantearse preguntas. Su forma de vida es de un nivel tan elemental que semejan hombres degradados que no hubieran logrado surgir del nivel de la corporalidad debido al aislamiento extremo.

La carencia absoluta de ritos, de sacrificios para aplacar o propiciar a la divinidad, la ausencia de temor y reverencia, proclaman una sensibilidad todavía absorta en los afanes de la supervivencia. Conocen el uso

del fuego, pero sólo como combustible destinado al consumo, por lo cual carecen propiamente de HOGAR, pues no le conceden un lugar sagrado que deba ser honrado y mantenido. El fuego tiene para ellos un uso meramente funcional, como cualquier otra realidad natural, no les inspira admiración, ni les proporciona ninguna experiencia numinosa.

Por vivir solos y carecer de dioses, no poseen un ámbito de culto, no celebran sacrificios ni libaciones, aunque conocen el vino, ni comparten comidas comunales. Por consiguiente no saben lo que es una fiesta, ni conocen los dones de las musas, la música, la danza, las artes, los juegos y competencias, las honras fúnebres... Sólo se sienten estimulados por las urgencias de las necesidades corporales, aquellas que compartimos con los animales.

Por vivir solos y ensimismados, al margen del ámbito de la pluralidad en el que los hombres necesitan desplegar el discurso, medirse y actuar entre los otros hombres, carecen de vida política bajo la mirada de los dioses, e ignoran la búsqueda de la "vida buena" en la comunidad humana. La comunidad que vive socialmente crea las condiciones para la transmisión de lo logrado por el grupo, la cultura y la historia, ámbito de los asuntos humanos y campo de la acción y del discurso. A través de éstos los hombres buscan ser entendidos y entender a los demás.

Al carecer de un mundo común y no haber creado un lugar para la acción, que representa el inicio de algo nuevo con la posibilidad siempre presente de lo inesperado, no existe entre ellos jamás el comienzo de nada, sólo un rutinario presente siempre igual, inserto en la vida de la especie. Viven la temporalidad, pero sin conciencia de ella, porque no la relacionan con ningún principio, ni tienden a ningún fin, salvo el momento.

Al mencionar a los dioses, el Cíclope afirma su convicción. Según sus palabras, no sólo no les temen y declara que los dioses no les conciernen, sino que se sienten "lejos mejores que ellos". *¿Hybris?* Difícilmente podría considerarse tal, pues para que exista *hybris* es necesario un discernimiento propio de un desarrollo espiritual que no conoce la naturaleza ciclópea. Por eso los dioses no se inmutan ni los castigan... Entre dioses y Cíclopes es inconcebible ninguna relación. Salvo Poseidón, que es Olímpico ciertamente, pero también Señor del Mar, camino del Hades y enemigo de Odiseo.

Desde las primeras palabras que pronuncia Polifemo delata su no pertenencia al mundo de los hombres, pues no da la bienvenida a los extranjeros. Odiseo, por su parte, como griego comienza proclamando que es Aqueo y viene del gran combate en Troya, y pertenece, por lo tanto, al linaje de los héroes. Enfrenta a Polifemo con el tema más apasionante y prestigioso de la reciente historia del mundo griego, pero el Cíclope no tiene nada que decir, carece de curiosidad y no reacciona

porque está al margen del acontecer humano, ajeno a la historia que se funda en la comunidad de los hombres reunidos en la *polis*.

El Cíclope no es un hombre, aunque en apariencia casi lo sea. Es un monstruo que pertenece al mundo fenoménico y semeja ser hombre, pero carece de toda proporción, pues su escala no es humana aunque parezca serlo en su forma; además su cabeza sólo posee un ojo único en el centro. Ojo terrible, redondo y enorme como un faro, cuya visión no es humana, porque ésta es estereoscópica. Su mirada es plana, sin relieves, profundidad ni perspectiva y el conocimiento que deriva de esta visión defectuosa es equivocado, como lo confirma la opinión que se forma de Odiseo, a quien califica de hombrecillo débil y desdeñable. Es que su ojo sólo puede iluminar lo que es semejante a sí mismo y esta limitación le impide reconocer la antigua profecía acerca del hombre que lo encegucería.

El único indicio de relación que parece expresar el Cíclope con otro ser es con un animal, el hermoso carnero que guía su rebaño. Cuando queda ciego anhela tener comunicación con él y no con persona alguna, porque entre personas y Cíclopes hay un abismo insalvable. Ésta es la razón profunda por la cual Odiseo no le dice su nombre y le entrega, en cambio, la negación de todo nombre, pues el Cíclope, que no es persona, no puede relacionarse con "alguien". En este extraño diálogo que no es tal, el que dice llamarse Nadie es precisamente *el único que es* entre los dos, porque su ser está arraigado en el ámbito humano en el que los hombres pueden llegar a ser personas. Muy notablemente, el nombre del Cíclope es Polifemos, que en griego significa literalmente "multívoco", es decir, algo que puede significar muchas cosas, por lo tanto, algo indeterminado y sin límites precisos. (En el *Poema* de Parménides se usa este epíteto para caracterizar el camino que no conduce al ente, *polifemos odós*, pues sólo lo unívoco puede conducir al Ser)*.

Al final del episodio con el Cíclope, el deseo apasionado de Odiseo por dar a conocer su verdadero nombre, a pesar de los ruegos de sus compañeros, no obedece a pura jactancia, como podría pensarse. Odiseo tenía la certeza de que lo que él había realizado era un acto memorable y constituía un título más para la fama ya lograda allá en la llanura de Troya. Aquí, en la isla Cicolópea, había desplegado coraje, inteligencia, dominio del discurso, astucia y un ánimo que no flaqueaba. Pero la Fama sólo es posible cuando existen *otros* que contemplan, recuerdan y hablan, y proporcionan "materia" a los que componen los cantos que hacen inmortales a los hombres. La acción sin un nombre unido a ella carece de significado. Decir su nombre era para Odiseo la

* Esta iluminadora información se la debo al profesor Dr. Carlos Disandro, en conversación sostenida recientemente.

necesidad vital del hombre de acción. Y por ello, libremente, al decirse-lo Odiseo se jugó el destino de su viaje, porque el Cíclope acudió a su padre Poseidón.

Por último, consideremos a Eumeo, el esclavo que realiza la labor de porquerizo en las propiedades de Odiseo, y que pertenece de lleno, por su ubicación social, al tramo más bajo de la esfera humana.

En la larga escena que abarca el final del Canto XIV y el XV entero, cuando Eumeo recibe en su choza a Odiseo en la apariencia de anciano mendigo, su conducta y sus palabras revelan la cualidad inalienable de la persona humana de no estar sujeta por naturaleza a ningún determinismo. Eumeo es completamente una persona puesto que posee en alto grado la libertad interior que lo define como tal. Nos enteramos por su relato que su origen había sido noble y que, niño aún de cortos años, había caído en la esclavitud por obra de piratas, de modo que no había recibido educación alguna, pues había sido comprado y criado como esclavo en la casa de Laertes, el padre de Odiseo. Sus sorprendentes valores morales, sentido común e inteligencia, se explican en parte porque los esclavos, por formar parte de la casa señorial, participaban de la vida, creencias y culto de la familia. Eumeo, además, había crecido como compañero de juegos de la hermana de Odiseo, al cuidado de su madre Anticlea. Al llegar a la edad en que la niñez queda atrás había sido puesto al cuidado de los cerdos en el campo del señor. Con esto no todo queda explicado. Eumeo, como todos los hombres, debió hacer una elección. Cuando el mal se instaló en la morada de Odiseo debió tomar partido, o bien permanecer al margen. Y optó por proteger los valores permanentes de la casa familiar arriesgándose no sólo a velar por los bienes de su amo sino por lo más valioso, el hijo de Odiseo. Otros esclavos, como el cabrero, como la hermosa y joven muchacha, también hicieron su elección. Todos sellaron su destino de acuerdo a su íntimo ser.

En la escena antes mencionada, Eumeo actúa frente a Odiseo como verdadero señor de su humilde morada, acogiendo al mendigo como huésped según las costumbres sagradas de la hospitalidad presidida por el mismo Zeus, "Señor de los desvalidos y los suplicantes". El esclavo sacrifica un animal siguiendo cuidadosamente el rito, hace las libaciones a los dioses y sólo después de la comida inicia propiamente la conversación. Más adelante al regresar Telémaco de su viaje, Eumeo lo acoge con el cariño y la solicitud de un padre, demostrando que sus pensamientos y su voluntad tienen la altura que aprendió en la casa de su señor.

Hoy como entonces, el tono o la atmósfera humana de la casa deja huellas en los miembros de una familia. En el hogar de Laertes y luego de Odiseo, el clima de convivencia que existía cuando el orden aún no había sido quebrado y el amo vivía y dirigía su casa, sin duda debía

haber sido como lo recuerda Eumeo con tanta nostalgia. Algo de ello quedaba todavía, a pesar de los años transcurridos, especialmente entre las mujeres sujetas a Penélope bajo los ojos exigentes de Eurinome, el ama de llaves, y de la antigua nodriza Euriclea.

En otro plano, tenemos aquí un nuevo contraste, esta vez el que existe entre la conducta de Eumeo y la de los señoriales pretendientes. Es tan fuerte y sostenido, que sin duda Homero quiso hacer evidente el hecho de que no es sólo la condición social lo que determina la calidad de un hombre. Se necesita también el cultivo asiduo de la mente y del corazón en las virtudes que les son propias, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la medida y el coraje, la búsqueda de excelencia y el dominio de sí mismo, en suma, la *areté* de la cual tan claramente carecen esos príncipes.

Los pretendientes, a diferencia de los Cíclopes, hacen intensa vida social, pero no les interesa la opinión ni el sentir de los demás. Imponen en la casa de Odiseo su forma de vivir "sin cuidarse para nada de los demás". Viven en un festín perpetuo, que no es fiesta, pues olvidaron hace ya mucho la íntima conexión que existe entre *sacrificar* animales para la comida común ofreciendo las libaciones y porciones debidas a los dioses y *celebrar* de acuerdo a las costumbres. Lo de ellos se ha convertido en una ininterrumpida comilona bien regada con los vinos de las bodegas de Odiseo, alternada con continuos juegos y deportes, amenizada con canciones de un rapsoda que no tiene libertad para abandonarlos por su posición subordinada, atendidos por esclavos agobiados y propensos, por su condición, a ser persuadidos por los caprichos del más fuerte. El festín incesante de los pretendientes es otra forma de vivir la temporalidad inconscientemente, otra forma del uniforme presente de los Cíclopes. Esto es precisamente la negación de la fiesta, que es la irrupción del tiempo sagrado en el tiempo cotidiano. Eso es lo que se celebra. Nada de ello tiene lugar aquí.

Los pretendientes son nobles, hijos de las mejores estirpes de la región, pero por pertenecer a una generación más joven que Odiseo, no les correspondió ir al combate en Troya. Su experiencia guerrera no ha pasado por las más duras pruebas. Y lo que es aún más importante, durante veinte años han vivido en un reino que pasaba por una situación excepcional, la ausencia del rey que convoca a la asamblea. Es en ella donde se plantean las situaciones en que los hombres se miden por sus pensamientos, acciones y discursos. Esa situación anómala durante tanto tiempo terminó por generar aquella conducta desordenada desprovista de todo sentido. Los pretendientes están, pues, más cerca de los Cíclopes que el propio esclavo Eumeo.

Recapitulando, la consideración de las formas de vida de Odiseo, del Cíclope y de Eumeo, nos enfrenta con la experiencia constitutivamente humana de la libertad personal, no sólo en el protagonista, sino más

notablemente aún, en la figura de un esclavo cuya voz no volverá a expresarse en ninguna otra obra literaria durante largos siglos. Una vez más ha sido Homero el primero en mostrar dramáticamente que así como los hombres pueden degradarse y caer en la condición ciclópea al alejarse de su ámbito propio, o al perder éste su más propia calidad como en el caso de los pretendientes, también pueden elevarse por encima de su previsible destino por contacto con la grandeza, como el inolvidable Eumeo, quien deja huellas no sólo en la vida de Telémaco, sino que, a través del Canto de Homero, habría de perdurar para siempre en el recuerdo de los hombres.